

Maruja Antibrujas

Federico Ivanier

loqueleg

Llegada a la casa embrujada

Las cajas llegaron un viernes 13. Todas eran enormes y negras, todas con cadenas y candados, todas grandes, grandísimas.

11

Lo de que llegaron, en realidad, no es exacto: una empresa de mudanzas las trajo y unos forzudos de mameluco azul las descargaron del camión hasta la casa. No fue fácil, porque había que cruzar el jardín (tan descuidado que parecía una selva amazónica), subir las escaleras hasta el porche donde estaba la puerta principal y después de ahí, bienvenidos al misterio: los hombres entraban en la casa donde jamás nadie había entrado antes.

La casa gris no era pequeña que digamos, sino bastante amplia, con dos pisos y una multitud de habitaciones. Al menos eso se podía concluir por el número de ventanas. Desde ellas se veía el barrio entero, pero desde el barrio la casa aparecía tapada por distintos árboles, desde tilos hasta gomeros, que crecían en torno a la vieja estructura de roble y piedra.

—Ahí... ¡ahí! —dijo Emiliano.

—¿Dónde? —preguntó Maruja.

María Eugenia, Maruja para los amigos, trató de ver pero no vio nada. Se apartó el cabello negro, enrulado, impeinable, que llevaba hasta los hombros.

—No, no —dijo Micaela—. Eso no es un fantasma, Emiliano.

Emiliano miró de reojo a Micaela, pero no dijo nada. Esa era una de las ventajas de ser linda, pensó Maruja. Los varones nunca te respondían de mala manera si le llevabas la contra.

12 —Es uno de la mudanza —resopló Leticia.

Leticia, por su parte, tenía la ventaja de ser inteligente, pero sin ser idiota. Maruja se había dado cuenta hacía un tiempo de que se podía ser inteligente e idiota al mismo tiempo. Se podía saber en qué fecha había nacido Colón, cómo dividir con decimales, para qué sirve la fotosíntesis o todas las reglas del *present perfect* en inglés, pero igual ser un/a idiota. Leticia no. Era una inteligente con sentido común y nunca hablaba para mostrar que sabía. Y los demás la respetaban. Nadie se burlaba de que llevara lentes, nadie la llamaba Cuatro Ojos, por ejemplo. Sí, Leticia tenía una buena vida.

Ni Leticia ni Micaela tenían puesto el uniforme escolar. Las dos iban a colegio privado y ese viernes habían tenido asueto. Maruja, por su parte, estaba de uniforme escolar, con su túnica y su moña, igual que Emiliano, Lucas y Valentín, ya que los cuatro venían de la escuela. Por un segundo, Maruja casi se sintió más parte de los varones que otra cosa. Como si tuviera puesto un uniforme de varón. Un uniforme de algo que ella no era, no verdaderamente. Se le ocurrió

pensar que nunca iba a ser la linda. Tampoco la inteligente, sin duda. ¿Cuál sería su ventaja, entonces?

Ninguna, obvio, se respondió.

Dejate de pensar tanto, culminó.

—Bueno, perfecto —arrugó la boca Emiliano, mosqueado por el comentario de Leticia—. Ahora resulta que estoy rodeado de expertos en fantasmas.

Las inteligentes de vez en cuando recibían igual una respuesta desagradable. Pero con cuidado. Una inteligente podía dejarte en ridículo. Y Emiliano lo sabía.

13

—¿Acaso alguna vez viste a un fantasma cargar una caja? —señaló Leticia. Como siempre, se ajustó un poco los lentes sobre el caballete de la nariz.

—No sé —sonrió Valentín, conciliador como de costumbre—. ¿Por qué los fantasmas no van a cargar cosas?

Valentín era una cabeza y media más bajo que Emiliano; de hecho era más bajo que Maruja, pero tenía los ojos siempre brillantes, como si todo el tiempo lo sorprendiera algo. Y se reía con facilidad. Casi de todo. En cierto sentido, vivía en las nubes, pero Maruja estaba convencida de que era el ser más feliz del planeta, aunque fuera imposible explicar por qué.

—Bueno, entonces este debe ser un fantasma contratado por la empresa de mudanzas —culminó Micaela—. Ojalá pudiera contratar yo un fantasma para que me ayude con los deberes.

—Además, esa es una casa embrujada, debería tener *brujas*, no fantasmas —aclaró Leticia.

—Igual, las brujas no existen —pronunció Maruja.

—¿Y vos qué sabés? —se volvió hacia ella Emiliano, ahora sí, definitivamente hablando de mala manera.

—Siempre igual —se quejó Micaela—: cada vez que alguien dice que algo pasa en esa casa, vos salís y decís que las brujas no existen.

—¿Y qué querés que haga si no existen? —se alzó de hombros Maruja.

Los forzudos vaciaban el camión y llenaban la casa. Y como la casa no había sido habitada desde vaya uno a saber cuándo, quizá desde hacía como veinte años, o treinta, o hasta desde la época de cuando la vieja Rita se había mudado al barrio (o sea, el Comienzo de los Tiempos), bueno, se trataba de toda una novedad. Lo suficiente como para quedarse los seis ahí, como unos pasmados.

—Para mí, traen muertos o algo así —afirmó Emiliano.

—Ay, ¿ya vas a empezar de nuevo? —saltó Maruja—. ¡Todas esas cosas no existen!

—¿Los muertos no existen? —se giró Micaela.

No fue en un tono agresivo, Maruja nunca dudó acerca de la amistad de Micaela, pero por un segundo se sintió barrida por un sentimiento de soledad. Se arrepintió de haber hablado. *Siempre dando la nota*, se dijo. Siempre buscándole la vuelta a todo. Siempre comportándose, al menos en parte, como un sapo de otro pozo.

—Para mí, son ataúdes —insistió Emiliano.

—Lo que yo no entiendo —empezó Lucas— es cómo no les da miedo meterse allí. Yo no entraría ni loco.

Maruja vio cómo todos los demás miraban en la misma dirección que Lucas, pero ella no pudo desprenderse de inmediato de él, de sus ojos café y su pelo castaño y su naricita perfecta...

Estás demasiado enamorada, reaccioná, pensó. Además, no te da ni corte. Es un amor imposible, vas a seguir enamorada al cuete toda la vida.

Quizá por eso, por detenerse un instante más en Lucas, fue que justo lo vio detrás de unos arbustos. Al principio no supo bien qué era, pero luego se dio cuenta.

¿Un sapo?

¡¿Y azul?!

Maruja lo observó mientras los demás contemplaban la casa gris. Sí, un sapo azul. *Hablando de sapos de otro pozo...* Pensó en avisarles a los otros, pero el sapo azul pareció darse vuelta y mirarla durante un largo segundo. Maruja entonces vio que el que sí la miraba era Valentín, con el entrecejo fruncido, aunque sonriendo, como siempre. ¿Qué pasa?, parecía preguntarle él.

Maruja abrió la boca para hablar, pero el sapo desapareció en los arbustos.

15

Los hombres de la mudanza terminaron de bajar todo a media tarde y se fueron con su camión naranja (*camión naranja, cajas negras, casa gris, sapo azul*, pensó Maruja). Y luego, nadie más fue a la casa, que volvía a ser la misma casa embrujada de siempre: misteriosa, deshabitada y peligrosa.

—¿Para qué habrán traído todas esas cajas si no va a vivir nadie ahí? —le preguntó Maruja a su tío Euclides el sábado de mañana.

El tío Euclides era sin dudas un genio, pero las charlas con él eran cualquier cosa menos geniales. Nunca escuchaba nada y siempre estaba metido en su

mundo de inventos: diseñaba juguetes en el sótano y luego los mandaba a fábricas que se encargaban de comercializarlos.

—¡Tío!

—¿Eh? —respingó el tío Euclides—. ¿Qué pasa?

16 Levantó la cabeza tan rápido de su mesa de trabajo que tiró un prototipo de reloj donde las horas no iban hacia delante sino hacia atrás. Hubo ruido de metal cayendo, de lápices rodando, de tornillos rebotando, pero Maruja atrapó el reloj justo a tiempo.

—Ah, menos mal —sonrió el tío. Maruja le alcanzó el artefacto y Euclides volvió a dejarlo sobre la mesa, donde se deslizaban unos pocos rayos de sol que se colaban desde la única ventana, cerca del techo, allí en el sótano—. ¿Qué pasa, Maruja?

—Te estaba preguntando por la casa gris. ¿Por qué es que habrán traído todas esas cajas si nadie va a ir a vivir ahí? Los dueños todavía ni aparecieron.

—No sé. A veces la gente primero trae sus muebles y cosas.

—Pero trajeron un montón de cosas y ni siquiera vino alguien a revisar que hubieran llegado. ¿Cómo puede ser?

—No sé.

—Bueno, Sonia dice que el almuerzo está pronto.

—¿Ya? Pero, ¿qué hora es? ¡Son las dos de la madrugada! ¡¿Cómo vamos a almorzar a esta hora?!

—Tío, te confundiste de reloj.

—Huy, sí, es verdad.

—Además, ¿no viste el sol que hay? Es mediodía.

—Sí, sí. Es verdad. Vamos a comer.

Tampoco llegó nadie de tarde, ni el domingo de mañana. La casa gris con sus cajas negras seguía allá, apenas cruzando la calle de la casa de Maruja. Lo único que venía de la casa gris era el chirrido de sus tres veletas, sobre el techo, al ser agitadas por el viento, y algún destello de su pararrayos (el único existente en el barrio).

—Yo no puedo creer que hayan traído todas esas cajas porque sí —dijo Micaela—. De alguien tienen que ser.

Estaban todos sentados al cordón de la vereda, en diagonal a la casa gris, mirando su vasto jardín. Estaba tan tupido de matorrales y hojas que no se veía nada. Había un camino de pedregullo que llevaba hasta la puerta principal, aunque apestado de pastos y ramas y yuyos. Incluso, unas hiedras trepaban ya por los cimientos de piedra, como si poco a poco quisieran devorar la edificación, tragándosela, haciéndola parte de la tierra.

—Te digo —sacudió la cabeza Emiliano—: yo a esa casa no me mudaría ni que me paguen.

—Bueno, supuestamente *alguien* se va a mudar —insistió Maruja.

—Habría que ser bruja para mudarse ahí —afirmó Micaela.

—Y dale —resopló Maruja—. No entiendo por qué tanto pamento. Es una casa común y corriente.

—Si esa casa es común y corriente, yo soy el Increíble Hulk —suspiró Lucas.

Los otros rieron. Maruja enrojeció.

—Bueno —empezó Valentín que, comprobó Maruja con sorpresa, *no* reía—, capaz que los dueños ya se mudaron.

—¿Cuándo? —intervino Leticia—. Hace dos días que estamos toda la mañana y toda la tarde esperando.

—Durante la noche —dijo Lucas.

18 Era cierto. Pero también era verdad que las cadenas seguían trancando las puertas, que un enorme candado dorado sujetaba las cadenas, que las ventanas seguían tapiadas con madera y que la propia madera de la casa seguía gris, apolillada. Además, continuaba descascarándose la pintura y había profusas telarañas, como algodón sucio, en los bordes del porche. Allí seguro vivían colonias de termitas y parásitos. La casa era alimento de alimañas, hogar de ratas, ¿quién iba a querer vivir allí?

Fue entonces que, al atardecer, llegaron esos gatos negros.